Domingo XXIII durante el año - Lc. 14, 25-33

En esa decidida marcha de Jesús hacia Jerusalén que nos presenta el evangelio de Lucas, parece que poco a poco es mucha la gente que lo sigue, como leemos en el texto de hoy. Podemos imaginar en qué medida el mensaje de Jesús resultaba atrayente para tantos hombres y mujeres empobrecidos, cargados con el peso de los impuestos al imperio y de las normas religiosas a cumplir; cuántos enfermos, viudas, extranjeros, que vivían al margen de la sociedad de la época, encontraron ilusión en sus palabras y sus gestos de sanación y ternura.

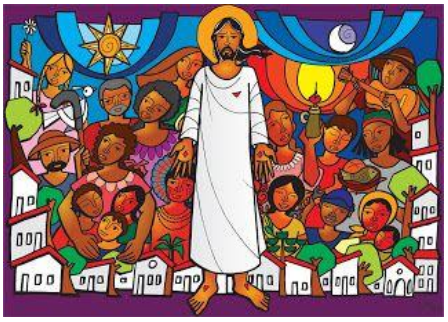
Este maestro itinerante que habla de Dios en términos de gratuidad y misericordia; que se acerca para curar y levantar y no para juzgar; que habla de un banquete donde todos tienen lugar, conectaba con los anhelos profundos de liberación que muchos llevaban dentro.

Podríamos esperar que Jesús, aprovechando este momento de algún modo "exitoso", con tantos seguidores que encuentran en él esperanza, los sedujera con sus promesas, los convenciera de lo bueno que era seguirlo, y afianzara así, con un grupo importante de discípulos, su presencia y su mensaje…

Pero Jesús no es así; el Dios de Jesús no es así. Lejos de querer seducir y convencer, no está preocupado por captar multitudes ni complacer con favores que no transforman desde dentro; no se aprovecha de las necesidades hondas de su pueblo para despertar adhesiones infantiles, sin discernimiento, ni para engrandecerse y buscar honores.

A Jesús no le interesan los números de seguidores, le preocupa la vida de las personas, la vida plena. Es por eso que se vuelve hacia la multitud y les pide y nos pide hoy a nosotros, sopesar lo que implica ser discípulo, lo que encierra su invitación a entrar en la dinámica del amor hecho servicio, capaz de cargar y encargarse de la propia cruz de cada día y de quienes están caídos al borde de los caminos.

Caminar con Jesús supone acoger en la propia vida la gratuidad del amor de Dios que es compasión y ternura y que nos mueve a vivir desde allí todo lo demás. Porque no se trata de amar a Dios amando menos a nuestros seres queridos, ni despreocuparse de lo necesario para vivir dignamente; no se nos pide vivir varias vidas paralelas: la de Dios más importante que lo que vivimos cotidianamente.



Lo que sí nos pide es recorrer juntos y juntas ese proceso de ir dejando que su amor transforme nuestros criterios, nuestro modo de vivir calculador, nuestras entregas que ocultan segundas intenciones, nuestros vínculos tantas veces selectivos y mezquinos para poder vivir así más plenamente nuestra vida.

Que este domingo como comunidad podamos experimentar una vez más esta invitación de Jesús a caminar con Él, capaces de descubrir y acoger lo que desde abajo, desde dentro y desde cerca su Espíritu va obrando en nuestra vida, en la vida de cada persona y en toda la historia.

Carina Furlotti